

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

RASTRO URBANO

FÁTIMA ARGUETA CHICAS

EDICIÓN 2020



LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2020 en el Programa de formación en escritura dramática, DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Fátima Argueta Chicas. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora: fatimaargueta01@gmail.com

Fátima Argueta Chicas



Nace el 1991 en Santiago de María, Usulután, El Salvador. Titiritera, actriz, constructora y manipuladora de muñecos para teatro y TV.

Estudiante en Ciencias de la Educación de la Universidad de El Salvador y fundadora de la *Colectividad Artística Mala Hierba*.

Creativa, imaginativa, inventista y persuasiva. En rebeldía contra el sistema opresor busca mostrar realidades diversas que aporten a una cultura transformadora y liberadora para las generaciones presentes y futuras.

Sus experiencias artísticas y formativas son de carácter autodidáctica; inician en el *Teatro Universitario* y luego continúan con

talleres e intercambios con otras y otros artistas.

Su obra *Rastro urbano* es resultado del proceso de formación en el Programa permanente de escritura dramática *Didascalía*.

Su sueño más bonito es seguir aprendiendo y compartiendo amor, arte, rebeldía y fuerza.

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

RASTRO URBANO

FÁTIMA ARGUETA CHICAS

DIDASCALIA

EDICIÓN 2020

.

Personajes:

Estela

Abigail

Miriam

Ernesto

Clelia

Juan “El Iguana”

La Bruja

Cindy

Estela Niña

Voces

Noche oscura.

Suenan pasos de taconeo apresurados y una respiración agitada. La lámpara de un poste da una luz intermitente hasta encenderse totalmente. La calle iluminada, por su apariencia, despierta una sensación de que no hace mucho fue testigo de un enfrentamiento.

Se enciende la luz de la sala de una casa sencilla, hay un sillón viejo con forro floreado algo desgastado, y una mesita con pequeños retratos y adornos de baby showers, bodas y quinceaños.

En la calle, Estela, con vestido verde botella, lleva un ramo de flores. Camina con la molestia de una piedra en su zapato, se detiene, se saca la piedra, lee un papel que lleva en la mano y busca por todos lados.

Al mismo tiempo, en la sala, Abigail, sencilla y demacrada, ubica una mesa, sacude con un mantel el sillón, limpia y ordena la sala. Mientras tanto, Estela saca el celular del bolsillo para ubicarse y sigue buscando un poco temerosa en los alrededores de la calle; desanimada, retrocede unos cuantos pasos e inicia una batalla con ella misma sobre decidir si avanzar o regresar.

Abigail coloca el mantel sobre la mesa, sale de la sala, regresa con unos arreglos de flores plásticas y algunas cadenillas, las acomoda, enciende el televisor en el canal de las noticias y sale de nuevo. En el mismo momento, Estela mira fijamente el camino por el que llegó, luego ve sus manos temblorosas, saca de su bolso un frasco, toma una pastilla, se detiene a respirar un instante.

En la casa, Abigail entra de nuevo a la sala con una corona de flores plásticas que tiene el retrato de Susana, coloca la corona en el centro del altar. Imperceptibles para Estela, se suman los pasos acelerados de otra persona que corre en la calle. Ella nota que el temblor de sus manos se detiene, respira, y continúa buscando. La luz del camino se hace más tenue. Los pasos se escuchan cada vez más cerca de ella, ahora puede percibir que algo está a punto de pasar, se mantiene alerta. Abigail se sienta en el sillón y sube el volumen del televisor.

Voz de presentadora:

Al regresar, veremos una nota de nuestro compañero Ernesto Cornejo que nos informa lo que está pasando en la colonia Florencia, en su tercer día con toque de queda. Manténgase en

nuestra sintonía, volvemos en minutos. *(Suena cortina de cierre del noticiero).*

Abigail: *(Le baja volumen al televisor).* ¡Papi, Miriam, ya van a decir algo!

Ernesto: *(Con un trago en la mano).* La misma mierda de siempre, nunca dicen nada nuevo ¡Miriam, tráeme una silla ve!

Miriam: *(Lleva una silla plástica).* Mire pa, ya debería de dejar de tomar, en cualquier momento traen a mi mamá y usted...

Ernesto: ¿Y yo qué? ¡Ah! ¿Yo qué? *(Silencio. Él le arrebató la silla a Miriam, quien mantiene la cabeza abajo y toma asiento junto a Abigail. Él regresa su mirada al televisor y mantiene una actitud prepotente).* ¿Cuál es el puto problema, digo yo, si estoy en mi casa?

Se escucha la explosión de un transformador de luz, la casa queda a oscuras. En la penumbra, unas manos halan a Estela hacia la oscuridad. Ella desaparece y las flores quedan en la calle.

Silencio breve.

Luces de patrulla. A lo lejos se escucha una advertencia por un megáfono descompuesto, la luz de la luna revela la sombra de una pareja caminando de prisa; es Estela con el papel en la mano, ahora guiada por un hombre que viste sudadera y pantalón oscuro con unos zapatos desgastados. Él mira ansiosamente a todos lados, ella no opone resistencia. Se detienen frente a una puerta de lámina lisa. Ella mira fijamente la puerta.

Juan: *(En tono de preocupación).* ¡Qué espera! ¿Por qué no toca?

Estela respira profundamente, toca a la puerta. El megáfono suena mucho mejor ahora. Abigail responde desde el interior de la casa.

Voz de Abigail: ... ¿Quién?

Estela: ¡Buenas noches! Disculpe, ¿esta es la casa donde están velando a Susana, Susana Flores?

Voz de Abigail: ... ¿Quién busca?

Estela: Mi nombre es Estela, soy... soy una compañera de la San José.

Voz de Abigail: Estas no son horas de andar en la calle seño, peligroso y...

Voz de Chacuatete enfurecido, por el Megáfono: ¡Se le ha avisado a la comunidad que el toque de queda es permanente!

Estela: ...sí, escúcheme, lo sé... fue muy arriesgado de mi parte, pero si fuera tan amable de dejarnos pasar...

Voz de Abigail: ¡¿Dejarnos?!... No, no puedo... ¿Que no está escuchando? ...ni siquiera sé quién es...

Estela: Las mantas bordadas...

Voz de Chacuatete conciliador, por el Megáfono: Comunicarles que el apagón de luz, fue aparentemente por una falla del sistema de cableado. Se ha dado el aviso a la institución pertinente para su debida reparación.

Estela: ...las mantas bordadas que Susy hacía en Navidad, para regalarles a todas las compañeras de la fábrica... no traigo ninguna conmigo, pero...

Voz de Chacuatete enfurecido, por el Megáfono: ¡Esta noche, nuestras fuerzas estarán recorriendo toda la zona, ninguna persona debe estar en la calle, de lo contrario será retenida y procesada respectivamente!

Estela: *(Toca desesperadamente).* Por favor, se lo suplico, ya escuchó, ábrame la puerta, por favor *(toca nuevamente),* por favor. *(Se escucha el ruido de una sirena, ella toca más desesperada).*

Abigail abre la puerta de golpe, la luz de una vela ilumina su rostro.

Abigail: Entren rápido, pues.

Entran. Se cierra la puerta. La alarma del megáfono se va alejando, baja su intensidad poco a poco al igual que las luces de patrulla. La calle queda a oscuras.

Clelia entra a la sala con una vela encendida, la sigue Ernesto que se está tomando un trago de aguardiente. A medida que se enfurece toma más. Ninguno percibe la presencia de Estela y Juan, que están sentados en el sillón. Abigail está frente al altar.

Ernesto: ¡Así quieren estos hijos de puta, Clelia!

Miriam entra y sirve de una botella plástica un vaso con agua.

Clelia: Callate Neto, hoy por andar hablando pendejada y media te pueden venir a dar en la nuca a vos y a tus hijas, pensá en ellas, hombre.

Ernesto: ¡Malditos perros, malparidos! Lo único que hacen es meter miedo, pero conmigo la cagaron.

Clelia: Vos ya bolo no pensás bien. Gracias a Dios todavía no han traído a la aquella, que ahí te estuviera oyendo.

Ernesto: *(Ríe).* Vieja loca, una muerta ya no escucha ni siente.

Miriam: No diga eso papá, hay que respetar la memoria de los muertos.

Ernesto se echa un trago y escupe sobre el piso. Miriam limpia la escupida con una camisa vieja.

Clelia: A vos nada te hace cambiar, tenés al diablo metido en el corazón y la mente Neto, si tuvieras un poquito de...

Ernesto: *(Levantando la voz).* Bueno ¡ya! ¡Se pueden callar la trompa de una vez! Si no les gusta, ya saben que se pueden ir a la mierda, de mi casa. *(Golpea la mesa).* ¡Putamen! Tanta pendejada que hablan y por gusto. Pendiente deberías de andar con tu hijo, Miriam. Yo a ese bicho talle de culero le veo y en esta casa no quiero mariconadas.

Miriam: Usted se imagina cosas papá, es un niño nada más.

Clelia: Y si así fuera... Déjalo en paz, es su hijo, no tuyo.

Ernesto: Bueno, ya te lo advertí. Suficiente con que tu nana haya parido dos cucas.

Clelia: *(Entre dientes).* Tres.

Ernesto: ¿Qué?

Clelia: *(En voz baja).* Tres niñas... un niño.

Ernesto: Muy mi hermana podés ser, pero te callás mejor.

Miriam: Ya papá, no se fije en lo que no vale la pena...

Ernesto: ¡Vos callate!

Clelia: Sabés una cosa, lástima me das, se te nota en los ojos la culpa, viejo decrepito. A ver si te encontrás el hocico en lo oscuro y lo cerrás de una vez por todas. *(Apaga de un soplo la vela).*

Abigail enciende con un fósforo las velas del altar de su madre, la sala está más iluminada. Miriam y Abigail se dicen algo en secreto. Miriam se aproxima a Estela y Juan, alumbrándolos con una vela que coloca sobre la mesita de los retratos. Ernesto y Clelia notan la presencia de Estela y Juan, discuten en cuchicheos.

Estela: ... No sabía lo del toque de queda en esta zona, me vine nomás supe lo de Susana y no traje ni flores, van a disculpar... ¿Y Susana dónde está, puedo verla?

Miriam y Abigail se miran una a la otra.

Juan: *(Aclarando la voz se levanta del sillón).* Buenas noches, soy Juan.

Miriam: *(Asintiendo con la cabeza).* No esperábamos a nadie esta noche...

Abigail aclara la garganta, se vuelve hacia el altar. Ernesto toma a Clelia del rostro, con fuerza lo gira, le dice algo al oído. Clelia se suelta. La discusión continúa en cuchicheos.

Miriam: *(Aun con el vaso en la mano, mira la fotografía de la difunta).* A mi mamá no la traen todavía, está difícil la pasada en la entrada de la zona. Estamos esperando que...

Ernesto se levanta enfurecido y se va. Clelia lo persigue.

Clelia: Perate, Neto... vení y escuchame. ¡Por la puta!... ¡Neto!

Se escucha una botella de vidrio romperse contra la pared. Las tres se encogen de hombros y temerosas cierran los ojos.

Abigail: *(Reacciona).* ¡Yo voy! *(Sale apresurada).*

Miriam paralizada, ve la partida de Abigail.

Juan: ¿Me regala el agua?

Miriam: ... ¡Tome!... ¡Abigail! *(Se va).*

Estela observa cada rincón de la sala sin perder de vista a Juan, que se muestra tranquilo mientras se acomoda en el sillón bebiendo el agua.

Juan: Usted tranquila, cuando venga la luz yo...

Estela: No se preocupe, en lo más mínimo quiero saber detalles sobre usted. Si va a hacer algo, solo hágalo y déjeme en paz.

Juan: Tenga cuidado, recuerde que por la boca muere el pez.

Estela: ¡¿Me amenaza?!

Juan: Por respeto a la imagen de la muertita *(se sube el gorro de la sudadera mientras se recuesta en el sillón y cruza los brazos)*, mejor me callo.

Estela, se levanta molesta del sillón. Se dirige a la mesita con fotos y adornitos, toma una de las fotos y la candela que Miriam había dejado. Camina hacia el altar dejando a Juan a oscuras. Observa la foto familiar.

Estela: Siempre fuiste la sonrisa más sincera en medio de tanta mentira. Recuerdo que cuando estaba a una semana de cumplir ocho años estaba tan emocionada porque por primera vez me harían una fiesta; una tan bonita como la de Carmencita, con un vestidito verde y unos zapatitos de charol. Tú me lo prometiste y sabía que sería así porque tus palabras siempre decían la verdad, siempre la verdad. También recuerdo que llegado el gran día, mi papá... no puedo llamarlo así... él no tuvo inconvenientes en entregarme como regalo para alguien más... ¿Por qué? ¿Por qué yo? Nunca lo entendí. ¡Bonita familia por la que entregaste todo!... en realidad no sé cómo sentirme con todo esto, lo único que sé es que no puedo culparte a vos, porque de nada valdría ahora que te has marchado, pero a él sí, a él sí que lo puedo culpar... Sé que me hiciste prometer dejar las cosas como estaban, pero no puedo, no puedo y no quiero. *(Sus manos*

empiezan a temblar). ¿Cómo pudiste pedirme eso? Sí, claro, vos tranquilamente muerta y yo con este enredo en el pecho que no me puedo quitar, con estas ganas de destruirlo todo para no tener que recordar nada, pero a vos sí, a vos sí te quiero recordar...

Estela abraza la foto con fuerza. A su espalda, entra Clelia apresurada.

Clelia: *(Jaloneando a Estela hacia la puerta).* Es mejor que te vayás, apurate...

Estela: ¡¿A qué se refiere?!

Clelia: ... Ese vestido... Susana... ¡Por Dios Estela, andate!

Estela: ¡¿Sabe quién soy?! *(Soltándose de ella).* Pues no, no me voy, he venido a honrar la memoria de mi mamá.

Clelia: ¿Estás loca? Tu mamá fue muy clara y te dijo que no pensaras en venir. ¿Acaso no leíste la carta?

Estela: ... Por eso estoy aquí... tengo mis razones y no me voy a ir...

Miriam: *(Entrando).* ¿Así que es ella?... desde que te vi, sabía que algo no estaba bien, ¿ninguna va a hablar? Pues yo sí. ¡Papá! ... A mí no se me olvida por qué te echaron de esta casa. ¡Papá! ¿Cómo no te reconocí? ¡Papá!

Juan despierta bruscamente. Estela no logra pronunciar palabra, sus manos comienzan a sudar y a temblar.

Clelia: Hija, por favor andate...

Juan: ¿Qué pasa?

Miriam: No me lo esperaba de usted tía.

Ernesto entra. Detrás Abigail.

Clelia: ¡Miriam!

Ernesto: Sos buchona, va culera... ¿Y vos, qué hacés aquí?

Estela se sofoca, las palabras quieren salir, pero se ahoga, su cuerpo se desvanece poco a poco en un desmayo. Juan rápidamente la sostiene. Estela no escucha nada, solo ve como los demás mueven sus bocas. Miriam grita, Clelia corre por alcohol, Abigail se queda paralizada sin entender nada, Ernesto embuchándose la botella, la mira fijamente mientras apaga las velas del altar.

Estela cierra sus ojos.

Estela a la mitad de la nada. La luz de una gigantesca estrella le permite ver sus manos temblorosas por el frío. Intenta levantarse, pero su cuerpo pesa toneladas, una mano se extiende en la oscuridad intentando ayudarla, pero unos cuerpos amorfos se lo impiden, comienzan a subirse sobre ella, generando más peso, más peso, hasta hacerla caer nuevamente al suelo. La mano vuelve a extenderse, con esfuerzo Estela intenta alcanzarla, los cuerpos no la dejan. El cuerpo de un niño cae en los brazos de Estela y se descascara. De él surge un colibrí muerto. La mano señala a Estela la estrella, Estela mira la luz. Está despertando.

Es de día, ella está sobre el sofá. Juan en el suelo, recostado sobre sus rodillas ya despierto. En la sala, junto al altar, el ataúd de Susana y la familia a su alrededor.

Clelia: Por favor Ernesto, la bicha solo quiere despedirse de su mamá.

Miriam: Mentiras papá, ella dijo que tenía razones. Dios sabrá a qué habrá regresado esa mujer después de tanto tiempo.

Abigail: Pobrecita, no parece una mala persona.

Clelia: Es que no lo es.

Ernesto: Ya callate, mandilona, sabía que algo se traían vos y la Susana entre manos.

Miriam: Mi mamá es una Santa, a ella no la meta en esto.

Ernesto: Tu nana ni estando muerta deja de joder.

Abigail: Papá, por favor.

Ernesto: Yo ya dije, despachen a esa maje de aquí, que se vaya.

Tocan la puerta.

Abigail: ¡¿Quién será?!

Ernesto: Quien quiera que sea, lo despachan.

Tocan nuevamente la puerta con más fuerza. Clelia corre a abrir.

Clelia: ¡¿Usted?!

La Bruja: Dicen que ya trajeron a la Susanita, venimos a dar las condolencias. ¿Podemos pasar?

Clelia: Vienen en mal momento.

La Bruja: Cuando hay muertos en la casa nunca es buen momento.

Clelia: ... Pasen.

La Bruja, mujer decrepita, ojos que vislumbran fuego, cojea por los años y sus penas, pero despide una energía muy fuerte que envuelve o aprieta, según ella quiera. La acompaña Cindy, una mujer descuidada, desmechada y con ropa sucia, lleva un delantal repleto de monedas y las flores que Estela perdió en la calle.

Cindy: Pensábamos en comprar flores, pero nos encontramos estas en el camino.

La Bruja: Yo le dije a la Cindy, agárralas, que esas flores esperan por ser arrojadas a la tumba de la Susana.

Cindy: Usted sabrá porque dice esas cosas, yo como siempre he dicho, esta vieja parece loca, pero le sienta bien para ser tan sabia. *(Con extrañeza, advierte la presencia de Juan).*

Ernesto: Deberían de quemarla por hablar tanta babosada y por andar metiendo las narices donde no la llaman.

La Bruja: *(Con risa sarcástica).* ¡Putá! Este, a buena mañana lo pellizcó el diablo. No se te quita lo mamado. Echate otro, si tanto daño te hizo el anterior, bolo cerote.

Ernesto: A mí no me vas a...

La Bruja: *(Ignorándolo. Le da la mano a Estela).* Un gusto. *(Camina directamente a tocar el ataúd).* Pobre Susanita, que Dios o el diablo la tengan en su santa gloria, aunque a mí se me hace que hoy sí te acuna Dios, porque en vida solo el diablo te abrazaba. ¿Veá, Neto?

Ernesto: Pero bien que le gustaba a la hija de sesentamil...

Clelia: ¡Ernesto!

Ernesto se burla de lo que no dijo, hace un ademán vulgar de un acto sexual.

Ernesto: *(Dirigiéndose a Juan).* Vos bicho, ¿bien sabés, va? *(Vuelve a hacer el ademán).*

Estela lo mira fijamente.

Ernesto: ¿Y vos qué? Andate a la mierda, ve.

Clelia: ¡Ernesto!

Ernesto: ¡Ah! Vos también andate con ella. *(Tambaleándose al ataúd).* De haber sabido que después de muerta me ibas a chingar tanto, mejor te... *(Reacciona, se hace el gracioso).* ¡Uh! ¡uh! *(Ríe a carcajadas, saca una bulula de la bolsa del pantalón, toma el*

último trago que le amarga la garganta). ¡Viejas putas! (Estrella la botella contra la pared y sale ahogado en risas).

Clelia lo sigue muy enojada.

Juan: *(Se estira y bosteza).* ¡Puya! tengo ganas de ir al baño.

Cindy: Yo también voy. *(Salen).*

Estela avanza hacia el ataúd.

La Bruja: Era una mujer muy noble, pero muy tonta. La pobre tenía el miedo como camándula, no se lo quitaba ni para dormir. No la culpo, solo ella sabía el dolor que le causó la vida, un hijo muerto, una hija perdida en contra de su voluntad, un marido detestable y un martirio que la ahogaba todas las noches.

Estela: ¿Un hijo muerto dijo?

La Bruja: Sabe, hasta el día de ahora la cipotada de la colonia siempre va al barranco a jugar, antes había un palo de San Andrés, habían colgado un lazo para columpiarse. Dicen que el mono estaba con su hermana peleando para ver quien seguía, cuando sin querer, en un mal empujón se fueron al barranco, no voy hacerle largo el cuento, pero los encontraron hasta el fondo. Ella estaba toda fregada, pero su hermano no la libró, un mal golpe en la cabeza ya no lo dejó vivir. Neto, después de enterrar al cipote, regaló a la niña y la Susana no volvió a saber de ella.

Estela: *(Dolor de cabeza, sus manos tiemblan, su cuerpo suda).* Pero eso... no fue así... ¿Peleando?... ¡Mi papá!... ¡Mi hermanito!... Ahora lo comprendo... ¡El Colibrí!

La Bruja: Yo no dije que fuera así, yo dije, que así dicen. ¿Vos quien sos muchacha? Dejame tomar tu mano... Tu vida se ve interrumpida, pero la has sabido sobrellevar, a pesar de que el

amor ha sido una falta constante, incluso por vos misma... ¡No te traje la mentira, te traje la verdad! Has estado perdida todo este tiempo. ¿Qué querés encontrar?

Estela: ... Quiero que este dolor desaparezca, este miedo al rechazo con el que me enfrento cada día... Cuando era niña no había mucho que pudiera hacer, pero ya no soy una niña, y estoy dispuesta a enfrentarlo todo, para que mi mamá pueda irse en paz.

La Bruja: ¿Ella no te dijo nada en verdad?

Estela: Fue una casualidad que me encontrara, yo en realidad no recuerdo muchas cosas de antes. Nos encontramos en una fábrica, yo era la nueva supervisora en una planta y ella una operaria... Recuerdo que se puso mala de la presión, perdió el conocimiento y la llevamos al Seguro, cuando despertó, comenzó a delirar llamándome hija y no dejaba de repetirlo. Pensé... quizá se golpeó al desmayarse, o que el medicamento le había hecho daño. No sabía cómo reaccionar y para calmarla, la abracé. De un momento a otro comencé a llorar, tanto, que parecía una niña, me aferré a ella por un momento que se volvió eterno y me quedé con ella.

La Bruja: Susana se desgastaba poco a poco, la mujer estaba muerta en vida. Pobrecita de las otras dos hijas, porque se quedaron sin nana y sin tata, tan llenas de miedo como Susana, tan llenas de odio como Neto.

Estela: A los días renuncié a la fábrica, no quería verla, descubrí que en efecto era mi madre, pero la odiaba... No sé ni cómo, pero, de repente a mi nuevo trabajo llegaban cartas, el vigilante me las daba, en ellas me aclaró muchas cosas, y lo que usted me dice lo reafirma. Ella no murió, la mataron de a poco.

La Bruja: Déjame ayudarte hija, para que podás despedirte de tu mamá con la verdad por delante.

Estela: No sé cómo podría, pero...

La Bruja: ¡Shh! ya no estamos solas.

Entran a la sala Cindy y Juan, cargando un rimero de sillas plásticas.

Cindy: Siéntense, ya no van a crecer, y a usted Bruja se le va caer la canilla si se queda parada tanto tiempo. Se le olvidan los años, veá.

La Bruja se sienta, Cindy le secretea algo al oído.

La Bruja: *(En voz baja).* Me lo imaginaba, estate pendiente entonces.

Miriam y Abigail entran con un atuendo de luto, se sientan. Clelia entra con una bandeja repartiendo café y pan. Ernesto se queda en la entrada de la cocina solo observando de brazos cruzados.

Clelia: *(Mientras termina de repartir).* Pues por cómo están las cosas afuera, no hemos dado aviso a tiempo a alguien con influencia en el cielo para dar unas palabras a Susanita, como saben mi cuñada pocas veces asistía a la iglesia, pero siempre tuvo mucha fe. *(A Ernesto).* Tomate uno de estos, a ver si te baja un poquito.

La Bruja: No faltaba más, yo podría comenzar con unas palabras, si ustedes me lo permiten.

Ernesto: ¡Lo que faltaba! Una bruja intercediendo para que la Susana se vaya al cielo. *(Se ríe).*

Miriam: Como dice mi papá, aunque de mala manera, no me parece apropiado. Será mejor esperar.

Estela: A mí me parece correcto que las personas que han venido a despedirse puedan dar unas palabras...

Abigail: A mí no me parece mala idea. ¿Qué más podemos hacer en la espera?

Miriam: ¡Ahora se cree con potestad para dar órdenes!

Estela: No es una orden, es una opinión.

Ernesto: Que nadie te pidió, hi-ji-ta.

Estela: No vuelva a llamarme...

La Bruja: (*Interrumpiendo con tranquilidad*). Señoras y Señores presentes (*se levanta y se acerca al ataúd*), habrán sabido que la vida puede parecernos tan larga, pero a la vez es tan corta, que pocas veces la disfrutamos pensando que se acaba. Algunas personas viven su vida como si cada día fuera el último, y otros, solo quisieran que ese día sea el último. Susana era una mujer muy fuerte, habría de serlo para aguantar tantas cosas. Madre de tres hijas y un hijo, que en paz descansa. (*Ernesto truena sus dedos*). Solo ella sabía lo que callaba, sólo ella sabía sus alegrías, porque seguro que las tenía. ¿Verdad Estela? (*Estela no da respuesta*). Claro, se puede decir lo mejor y lo peor de la vida de un difunto, si no para qué hacer estas reuniones... Quiero decirte Susana que te acompañe en tu trayecto a una vida más justa para ti y tus sueños, donde la obligación de vivir y amar sea como dicte tu corazón y no la voluntad de otro. Podrás estar con tu hijo y conocerás la verdad de su partida, que quizá, no fue por mano de ángel, sino por mano de diablo lo que le pasó.

Ernesto: Ya callen a esa vieja loca. Bruja alimentada de los chambres de la colonia. ¿Estas ardida, vieja, veá? ¡Ardida, vieja ardida!

La Bruja: ¡Chambres, dice! Pobrecito, Neto. ¿No te arde la boca de decir tantas mentiras? Tanto así, que preferís empinarte la botella para tragarte las verdades.

Ernesto se abalanza sobre La bruja para atacarla. Estela se levanta e interfiere.

Estela: ¿Qué le molesta, Ernesto? ¿La verdad?, ¿eso le duele, o qué? ¿No les ha dicho a mis hermanas lo que pasó en realidad? Sí claro, aquí la mala es la que no está, la mala hija, la mala hermana, pero ¿sabe qué? yo ya no le tengo miedo. Se lo tuve, incluso llegué a pensar que el que me regalara sí era culpa mía, pero mi mamá me hizo ver la verdad, que usted es un mentiroso y un asesino.

Ernesto: ¡Callate mierda!

Juan: *(Interponiéndose)*. Relajate viejo, dejala hablar.

Ernesto: ¿Y vos quien putas sos?

Estela: No cambie el tema. *(Dirigiéndose a sus hermanas)*. ¿Saben quién tuvo la culpa de que se muriera Danilo? Este pedazo de hombre que ven aquí. Dígales, dígales que en medio de una borrachera nos aventó a la chingada por el barranco.

Abigail: ¿De qué está hablando, Miriam?

Miriam: No te metás, vos no habías nacido. ¡Ey, vos Estela! ¿Qué te has creído para venir ahora a decir esas estupideces?

Estela: Dígales pa-pi-to. ¿Cómo fue que me llamó? “*Puta como tu mamá*”. ¿Así me dijo, no? Danilo y yo estábamos jugando en la barranca, es cierto. Este señor llegó, le dijo a Danilo que se fuera a comprarle una bulula donde don Lito. Nos quedamos solos él y yo. No tardó en tomarse el último trago de su botella, cuando lo tenía encaramado sobre mí.

Ernesto: ¡Callate!

Estela: ¿Fue o no fue así? ¿Ah? Contestate, ¿por qué le tiene miedo a la verdad?

Clelia: ¡Ya!... Ya estuvo bueno. ¿Qué les pasa?... Puta, me da rabia. Aquí parece que a nadie le importa Susana. Ustedes no tienen reparo, les ha importado una mierda que su nana esté ahí, y a vos, ella te dijo que no vinieras. ¿Por qué querés remover cosas que ya pasaron hace mucho tiempo? *(Sale corriendo en llanto)*.

Estela: Cobarde, hable pues...

Miriam: ¡Estela!

Estela: No Miriam, no me voy a callar. *(Sus manos tiemblan)*. Él fue quien lo mató. Danilo solo quería defenderme, quitármelo de encima, terminamos uno en cada mano de este hombre y nos aventó a la mierda por el barranco. ¿Cuál es su dolor entonces, Ernesto, por la pérdida de un hijo que usted mató?

Ernesto enfurecido. Sus ojos proyectan el crimen. En un impulso, toma del cuello a Estela. Miriam y Abigail intentan defenderla. La Bruja y Cindy se quedan paralizadas sin saber qué hacer.

Ernesto: ¡Maldita, hoy sí te vas a morir!

Estela: *(Ahogándose)*. ¡Usted mató a mi mamá también! Dígame, ¿cómo lo hizo? Siempre la golpeaba donde nadie pudiera verla. Puede matarme, pero no me voy sin decir lo que sé.

Abigail: Suéltela, papá.

Miriam: ¡Suéltela! ¡Si sabe que lo que dice no es verdad, suéltela!

La Bruja: *(A Cindy)*. Andá por ayuda, hija.

Cindy sale corriendo fuera de la casa. Juan mira que se va, saca de su sudadera un arma y la pone sobre la cabeza de Ernesto.

Juan: ¡Putá! Yo no quería que las cosas se complicaran. Te me vas calmando, viejo cerote. Ustedes se sientan, todas, se sientan y se callan. Vieja bruja, ¿qué fue lo que le dijo a la bicha?... ¡Conteste, pues!

La Bruja: ¿Quién sos vos?

Ernesto: Eso mismo pregunté hace ratos.

Abigail: Vino con Estela.

Miriam: Lo imaginaba, nada bueno la trajo.

Estela tirada en el piso, se asfixia.

Abigail: Se ahoga, ¿qué no ves?

Miriam: Está fingiendo.

Juan: Apártense, rápido.

Estela señala su bolso. Abigail corre y lo lleva cerca de ella. Juan no deja de apuntarles. Estela saca de su bolso un inhalador. Respira.

Ernesto: Esa gata puta tiene nueve vidas.

Juan: *(Contraminándolo contra la pared).* ¡Viejo jueputa! Te quedás aquí, perro, o te traspaso a plomo. *(A Abigail).* Llévatela.

Abigail ayuda a Estela a levantarse, ella aun respira con dificultad. A paso lento abandonan la sala.

Juan: ¿Entonces?

La Bruja: La bicha fue por ayuda.

Juan: ¿Fue o no a llamar a los chacuatetes?

Miriam: Ojalá, y que se lo lleven por amenazarnos.

Juan: Cerota, no te cuadra. Antes de que eso pase, me los quiebro a todos, así que más les vale que...

Tocan la puerta con suavidad.

La Bruja: Esa debe ser ella.

Juan: *(Desesperado).* ¡Putá! ¿Qué voy hacer?

La Bruja: Yo abro.

Juan: ¡Ni mierda! Sos una rata... preguntá primero, pero cuidadito o me la quiebro aquí nomás.

La Bruja: ¿Cindy, sos vos?

Cindy: Sí, Bruja.

Juan, desde atrás de la puerta, le indica con el arma que abra. La Bruja abre despacio.

Cindy: ¿Qué pasó?

Juan la obliga a entrar de un tirón. En el forcejeo algunas monedas caen del delantal de Cindy.

Cindy: Agárrala al suave, maje. Es él Bruja, Iguana le dicen.

Juan: *(Tomando del pelo a Cindy).* ¿Qué tenemos aquí? ¡Una rata!

Cindy: Los bichos dicen que quizá te quedaste atrapado anoche...
¡Soltame!... *(Juan la suelta. Cindy Recoge sus monedas).* ¡Gran culero!... Este maje es de otra colonia, pero de la misma.

Miriam: ¿De qué están hablando? ¿Los bichos?

Ernesto: Que guardadito te lo tenías, vieja bruja.

Miriam: Es mejor que se vayan, no queremos más problemas.

Juan: El pedo se va armar si me encuentran. ¿Entendiste? Mañana pueden ser otras en ese cajón.

Suena el celular de Cindy.

Cindy: *(Con sarcasmo).* ¿Me permitís, maje?... *(Juan molesto, levanta su cara en señal de aprobación).* ¿Qué pedo?... Simón... ¡Va!... Má, te hablan. *(Le da el celular a Juan).*

A la distancia se escucha el balbuceo del megáfono anunciando el toque de queda de ese día.

La Bruja: Es mejor que vayamos atrás.

Ernesto: No me estés dando órdenes, vieja.

Juan: No querés que yo te lo repita, ¿va?

Miriam: Vamos papá. *(Intenta tomarlo del brazo, Ernesto bruscamente se suelta y sale).*

La Bruja: Venite, Cindy.

Juan: *(Al celular).* ¿Quiúbule?

El anuncio del megáfono se escucha más cerca de la casa. Juan camina de un lado a otro hablando por el celular, se asoma a la ventana, la cierra. Murmura enojado y putea a alguien. Apaga las velas del altar y la luz de la sala. Sale hacia la cocina.

Estela está en la cama de abajo del camarote, Abigail a su lado. Ninguna dice nada. Abigail saca un álbum de fotos de una cajonera.

Abigail: ...Esta fue la primera vez que mi mamá nos llevó al zoológico... Aquí está la Miriam, se ganó una medalla en la escuela... Mira esta, estaba cholca porque me desbarranqué del palo de mango que está afuera... Esta fue nuestra primera perrita, se llamaba Pulga, era chiquita y negrita la condenada, brincaba bien chistoso... se murió de viejita... y aquí estás vos. Nunca supe quién era y una vez la encontré detrás de otra foto. Le pregunté a mi mami, solo me dijo que la dejara donde estaba, que era un ángel que ya no estaba. La guardamos y no volvimos a hablar de eso, se veía muy triste cuando le pregunté... ¿Vos, estudiás?... ¿Cuál es tu comida favorita? ¿Te puedo llamar Estelita? Para que pegue con la canción... No me hagas caso, si no querés hablarme no lo hagas, yo fuera otra. ¿Querés verlas todas? Hay unas divertidas, casi todas son de fiestas. Aquí en la colonia se muere un chucho y hacen fiesta... Hoy ya no es así... ¡Miralas! Son

chivas, algo borrosas pero... (Ríe). ¡Qué púchicas, si hasta parecemos espectros!

Estela: ¿Por qué?...

Abigail: Porque sí... ¿Somos hermanas, no? Mira, yo no sé todo el rollo que se tienen, pero no creo que vinieras a hacer daño a nadie. Mi papá siempre ha sido así... Miriam es quien siempre le está aguantando todo para que yo no tenga que hacerlo... Ella no es mala, nunca la había visto tan preocupada, no tiene que ver con vos, es por él.

Estela: ¿Cómo era ella?

Abigail: ¿Quién, Miriam?

Estela: No... mi... Susana.

Abigail: Creo que ya lo sabés. Mamá tenía las manos más cálidas del mundo, una caricia de ella bastaba para tranquilizarte. Su energía era mágica. La gente la quería mucho, siempre dispuesta a ayudar. Se echaba el arte con la comida en las fiestas, por eso siempre nos invitaban, bodas, quince años, *baby shower*, cumpleaños, eran tiempos muy bonitos y creo que ella era quien los hacía especiales. A veces, nos escapábamos lejos a pasear; nos decía, cuando su corazón les duela y el pecho les reberberelle, es porque necesitan volar. Con la edad y el tiempo se volvió callada y distante, pero a nosotras siempre nos dijo lo que necesitábamos oír, tenía una forma muy particular de consolar nuestros sueños... vení acostate, aquí, en mis piernas...

Estela se niega. Abigail insiste y la recuesta en sus piernas.

Abigail: ¡No tengás pena, vos!... ¿Te gusta?... Cuando teníamos pesadillas, ella nos consolaba bonito haciéndonos piojitos... se siente bien, ¿va?

Estela: ... Mucho

Miriam: *(Entra repentinamente y cierra la puerta).* ¿A qué viniste? ¿Te das cuenta los problemas que estás causando?

Abigail: Hablá más bajito. Ella no sabe.

Estela: *(Levantándose).* ¿Saber qué?

Miriam: Nada que te importe, ¿pensás quedarte, acaso? ¿No, verdad?

Estela: ¿Por qué estás tan molesta?

Miriam: Es fácil hablar desde afuera, vos no tenés nada de qué quejarte, se te nota que vivís bien.

Abigail: Nosotras no sabemos eso vos, ya déjala.

Estela: *(Acercándose a Miriam).* ¿Vivir bien? ¿Eso te parece? Eso de vivir bien, no es más que una mentira, nadie vive bien, porque hasta quien lo tiene todo, siempre siente que no tiene nada y busca más y más. Yo no tengo mucho, pero lo que tengo lo comparto... Hablemos, ¿sí?

Abigail: Está enojada con vos.

Estela: ¿Por qué, Miriam? ¿Miriam?

Abigail: Es por el vestido.

Estela: Mamá me lo mandó junto a la carta.

Miriam: ¡Lo arruinaste todo Estela! Debiste obedecer a mi mami, pero claro, como ella decía, sos algo arrebatada, era de esperarse que aparecieras. Y de remate se te ocurre venir con el vestido que ella estaba cociendo en sus últimos días, aquí en la casa, te paseaste en todo. Viniste aunque ella te dijo que no. ¿Crees que te lo pidió por gusto? ¿Al menos tenías pensado que pasaría después? ¡Claro que no! ¿Pensaste en nosotras? ¡Tampoco! ¿Y ahora qué? ¿Ah?

Estela: No entiendo, ustedes no sabían quién era.

Abigail: Pues al principio no, pero mi tía te reconoció por el vestido.

Miriam: Y para más fregar, no solo ella, mi papá también. Sabés lo difícil que ha sido cada palabra que te he dicho, por miedo a lo que pueda hacernos mi papá... apoyarlo por sobre sus humillaciones.

Abigail: Después de enterrar a mamá debíamos buscarte, nos dijo que podrías ayudarnos, aunque fuera por un tiempo cuando ella faltara.

Estela: ¿Por qué no me dijo todo eso?

Miriam: ¡Será porque estaba agonizando!

Estela: Pueden venir conmigo y vemos juntas cómo hacemos.

Abigail: No es tan fácil, él nos buscaría.

Estela: Podemos pedir ayuda.

Miriam: ¡Vos no sabés quién es él, no sabés nada!

Abigail: Tranquilicémonos, ¿sí? Hay que pensar, lo importante es que ahora estamos juntas y aunque todo parezca en nuestra contra, recuerden, tres cabezas piensan mejor que una. Mi mami ya no está, pero algo nos dejó.

Miriam: ¡¿Qué nos dejó?!

Abigail: Las esperanzas de salir de aquí, porque no solo es la casa, en la calle pasan cosas y estamos en peligro, vos lo sabés. ¿O no es por eso que has tenido que mandar lejos a Chambita, para que no lo enganchen en ningún bando?

Estela: Estamos juntas ahora y les pido perdón porque no me detuve a pensar, no sabía todo lo que han tenido que pasar. Hay muchas cosas en mí que no están del todo bien, pero ahora no me siento tan sola.

Abigail: *(A Miriam).* No lo está, ¿verdad Miriam? No lo estamos. *(Las reúne en un abrazo).*

Miriam: Lo mejor será descansar un momento.

Estela: Solo un momento más, por favor...

Relámpagos anuncian una tormenta. El abrazo se funde con cada destello, un torbellino de hojas secas separa a las hermanas de Estela, quien corre para alcanzarlas, pero estas desaparecen en una fuerte ventisca. Tinieblas. Un breve silencio es interrumpido por pasos gigantescos que avanzan al

ritmo de una marcha de ejecución, con sus inmensas botas tratan de aplastar a Estela. Ella salta sobre uno de los gigantescos pies, pasa por debajo del otro, trata de huir, pero sus pies están pegados al suelo, grita pidiendo ayuda, pero su boca no emite ningún sonido. Levanta sus brazos intentando detener la bota que la aplasta, sus fuerzas se van agotando y su cuerpo empieza a perder la vida. Entre sombras de cuerpos amorfos, La Bruja le extiende la mano a Estela, invocando palabras ininteligibles que transmiten coraje. Estela comprime su cuerpo tomando el impulso para extenderse con todas sus fuerzas, con un grito lo paraliza todo.

En un pequeño callejón cerrado atrás de la casa.

Ernesto: Toc, Toc.

Juan: ¡No joda!

Ernesto: Toc... Toc...

Juan: No estoy para juegos, maitro.

Ernesto: ¿Y qué estás haciendo aquí, si no es jugando?

Juan: ¿Sabe a qué vine?

Ernesto: Me pela un huevo a qué viniste.

Juan se incomoda, pero se contiene.

Ernesto: Má, échate un trago y relájate.

Juan: ¡Puta maitro!

Ernesto: ¡¿Me vas a despreciar?!

Juan: Tiene que irse a la mierda, los chacuatetes lo están buscando.

Ernesto se levanta amenazante, contramina a Juan.

Juan: ¡Puta! ¿Qué le pasa?

Ernesto: Me pasa que sos muy ruidoso, cagado y come mierda. ¿Por qué viniste con ella?

Juan: Yo no sabía que esta era su casa, maitro. Andaba buscando cómo perderme a los chacuatetes cuando su hija se me atravesó en el camino. Hasta que me llamaron supe que había estado con usted todo este tiempo. Solo tenía que encontrarte perro y avisarte... hay pesetas que han dado información de tu ubicación, majé, y han dado luz verde para que te quiebren.

Ernesto: A mí no me vas a hablar como le hablás a tu camada. Te lo permití allá adentro, pero aquí estamos verga-verga. Si este pijo de cerotas no saben nada es por algo, y venís vos a cagarme el palo. Además, yo ya me encargué de esa peseta. Así que, si es por mí, no te abatás culero.

Juan: No se encabrone, ya le dije, no sabía que era su casa... deme el trago pues.

Ernesto lo suelta y de un golpe le pone la botella en el pecho. Juan bebe.

Juan: La onda es que los chacuatetes no van a tardar en entrar a las casas y ahí si la cagamos los dos, La bruja me dijo que...

Ernesto: Una mierda te voy a decir... No confíes en ninguna puta, por muy suavécitas que las ves pueden llegar a hacerte vivir cada puto día un maldito infierno... aquí mirá (*golpea su corazón*), y aquí ve (*apunta a su cabeza*).

Juan: No entiendo, no es lo que me esperaba, me habían dicho unas ondas bien locas tuyas. ¿Qué le pasó?

Ernesto: Ya me va-le ver-ga todo... esa mirada, se parece tanto a su nana, mirándome con desprecio, cada maldito día... soy una mierda y la mierda donde sea apesta... Danilo... cuando te vi, sino fuera porque yo mismo lo cargué muerto hubiera jurado que eras él... ¡Ya estoy a ver-ga, pensé!... pocas veces he sentido miedo... pero

no sabés el miedo que da un niño cuando te mira con odio... Sí, yo maté a mi hijo maje, a veces pienso que es lo mejor que pudo pasarle. ¿Qué putas tenía yo qué ofrecerle en esta vida de mierda que elegí? En ese momento no hubiera cambiado nada, pero ahora... No, no me voy ahuevar, no hoy... Cuando te temen te sentís poderoso y tenés todo a tu favor. La Muerte te persigue todo el tiempo, tanto, que se vuelve chera, si comenzamos a sentir miedo perdemos poder.

Juan: ¡Simón, maitro! Por eso tenemos que irnos, se lo van a quebrar y después se nos cae el Programa. Sabe cómo ha costado que nos unamos, la moral se cae si se cae un corredor.

Ernesto: ¿No te das cuenta, va? Solo somos una excusa, un motivo, la cuartada perfecta, siempre fue así. El poder de ser un puto asesino solo es un poder temporalmente cedido.

Juan: ¡¿Que pedo, maitro?! ¿Qué le echan a esta mierda? Ya está diciendo puras babosadas.

Ernesto: Quizá sí... quizá no... Ya qué importa.

Juan: Mire, no me joda más las ondas, yo me rifé este tiro porque creo que el que no arriesga no gana y podemos ganar maitro. Por eso están desesperados en tronarse una cabeza... ¡Chiviémonos! Les va a arder a esos culeros que nos adelantemos... Hagamos una onda, fumémonos este churrito, vé... y nos damos el safe...

Ernesto: ¡Ya qué! (*intenta levantarse*), vamos por aquel techito, que no se escape el humo...

Juan ayuda a Ernesto a levantarse, este se tambalea al caminar. Juan le ofrece la mano, pero Ernesto la rechaza. Se pierden en la sombra del techo.

La Bruja cierra la puerta de uno de los cuartos. En el comedor Clelia y Cindy están pendientes de ella.

La Bruja: ... Solo fue un sueño... pobre cipota...

Clelia: No es fácil encontrar a su mamá para perderla al ratito.

La Bruja: ¿Dónde está el Iguana?

Cindy: Atrás con don Neto.

La Bruja: (*Susurrando*). No hay mucho tiempo Cindy, esta mierda se termina hoy.

Clelia: ¿Qué dicen?

Cindy: Mire niña Cleli, por su bien lo mejor es que se mantenga al margen, esta colonia ha sufrido ya demasiado las consecuencias ajenas y hoy tiene que acabar esto.

La Bruja: Susana así lo quería.

Clelia: Pero, ¿qué tiene que ver la cuñada en todo eso?

Cindy: Es ella quien avisó a los chacuatetes sobre Ernesto.

Clelia: ¡¿Qué?!

La Bruja: Les dio pistas de dónde podrían encontrarlo, por eso el toque de queda, pero hasta que sus hijas no salieran de aquí no habría de compartir ninguna información que comprometiera sus vidas. Creo que pensó que era su última opción, porque tampoco confiaba en ellos.

Clelia: Imposible, la mataría.

Silencio. La Bruja y Cindy encuentran sus miradas.

Clelia: ¡¿Qué?! Están diciéndome que Neto... No puede ser cierto... eso no se lo voy a perdonar.

Cindy: Esto se va volviendo más peligroso para nosotras y nuestras hijas que para estos pendejos que se la juegan con la Muerte. Nosotras abandonamos sus filas porque al final sabemos que no es nuestra guerra. Por eso todo tiene que terminar.

Clelia: ¿A eso vino Estela?

La Bruja: Las cosas no tenían que pasar así, pobres criaturas, ellas no saben nada sobre lo de la muerte de su mamá. La promesa que le hice a Susana es que mantendría a salvo a sus hijas. Ella bien sabía lo que le iba a pasar, pero también confió en nosotras para terminar lo que empezó. Que Estela viniera nos obliga ahora a actuar rápido.

Cindy se asoma por la puerta de atrás para espiar. Asiente con la cabeza, a La Bruja. Todas se acercan para hablar. Empieza a llover.

La Bruja: Esto vamos a hacer...

La tormenta deja caer su fuerza. La Bruja muy firme en su hablar. Clelia está dudosa, pero asiente, con pesar entrega una llave a Cindy, quien solo espera una última indicación de La Bruja y sale de la casa. Clelia entra en el cuarto donde descansan las hermanas. La Bruja cierra suavemente la puerta trasera y se dirige a la sala. Llueve fuerte. Se escucha la explosión de un transformador de luz, la casa queda a oscuras. El resplandor de la luna deja ver sombras acechantes en la oscuridad, armas que apuntan un objetivo, disparos. El cuerpo de Ernesto, cae. Juan corre, salta un muro y huye del lugar. La sirena de un megáfono anuncia el asesinato.

Voz de Chacuatete enfurecido, por el Megáfono: Nuestras fuerzas han batallado por resguardar la seguridad de los habitantes estos días. No estamos dispuestos a conciliar con delincuentes. Cualquier cabecilla que lidere asociaciones ilícitas será procesado respectivamente. Hoy han sido testigos de ello. Quienes inciten al terrorismo, reuniones ilegales, lideren luchas oponiéndose a los mandatos del Estado, no se les tendrá piedad. *(Los perros gruñen, ladran, aúllan)*. No vamos a tolerar más subversivos, rebeldes con o sin causa. Los tiempos de conflicto se

han terminado y nosotros estamos aquí para recordárselos, para eso usaremos todas las medidas que sean necesarias.

Voz de Chacuatete conciliador, por el megáfono: Se le avisa a la Colonia Florencia, que a partir de mañana el toque de queda será eliminado parcialmente, de tal manera que pueden circular libremente hasta nuevo aviso.

La sirena del megáfono se activa, a medida que se aleja va perdiendo fuerza.

Silencio.

El amanecer va descubriendo tumbas apuñadas en un cementerio. La brisa del viento susurra en un breve silencio. Estela, aun con su vestido verde, sostiene el mismo ramo de flores y deja que sus lágrimas caigan una tras otra. Abigail y Miriam colocan la corona sobre la tumba de su madre. Sollozan. Clelia las abraza.

Cindy: ¿Entonces, todo terminó?

La Bruja toma un puño de tierra, besa la mano y deja caer la tierra a la tumba.

Clelia: Así sin más, todo termina y vuelve a empezar.

La Bruja: ¿Escuchan eso?... Es el viento, el fuerte viento invitándonos a seguir. Los pájaros no dejan de volar aun si este está tranquilo, porque son momentos nada más, pequeños momentos que le sirven para preparar las alas y despegar con más fuerza en su siguiente vuelo.

Cindy ayuda a La Bruja a levantarse. Ambas se van alejando.

La Bruja: Nuestras manos ahora son alas aprendiendo a volar su libertad y cuando se aprende algo, jamás se olvida. *(Ríe)*. ¡Lo sabré yo!

Clelia sigue a La Bruja. Miriam y Abigail siguen a Clelia. Todas se van alejando y confundiendo con las sombras. Clelia las detiene, se despide con el último abrazo. La Bruja, Cindy y Clelia se difuminan poco a poco entre las sombras hasta desaparecer. Miriam y Abigail permanecen en las sombras.

Estela se arrodilla, pone las flores sobre la tierra, saca de su bolsillo un papel. Lloro. Estela niña, con su vestido verde, detrás de ella, acompañándola. Suavemente pone le mano en el hombro. Estela respira y lee.

Estela: “Hija... no sabes cuánta felicidad me da poder verte de nuevo, saber que estás bien, que sos una mujer ahora... sé que no todo se te ha hecho fácil... quisiera haber sido más fuerte, protegerte a vos y a tus hermanas... hoy no puedo hacer más que entregar mi vida por ustedes, no sé si lo que hago es correcto, pero son cosas que ya no me importan, porque para mí lo importante ahora es que ustedes puedan ser libres... Si esta carta te llega, es porque seguramente ya no me encuentro. Te advierto, no pretendas acercarte a la casa... es lo mejor para ti, sé que no estás bien y temo por ti... Deja que sane tu herida, mi niña... deja que sane... El pasado, no sana, si aún duele en el presente, sana, si estamos dispuestas a cambiarlo... Soy yo quien decide ahora cambiar el rumbo de nuestro presente, hija... Porque mi mundo es perfecto si vos y tus hermanas están seguras... quizá esté siendo egoísta, quizá me equivoque, quizá no esté presente cuando vuelvan a sonreír, pero confío en ustedes, sé que van a ser fuertes y

caminarán lejos de lo que tanto nos dañó... Cuando eran niñas, tus hermanas le tenían miedo a los fantasmas y las brujas... tú siempre temías de algún vivo con malas intenciones... Sé que estarás bien, yo siempre estaré contigo, sé feliz, vence todos tus miedos, confía, no dejes que nada te impida dejar el rastro de tu luz en un mundo tan tormentoso. Te amo mi pequeña Estela. Te amo”.

El colibrí vuela sobre Estela. Ella lo mira y le extiende la mano. Él se posa en ella. Estela mira a Estela Niña con esperanza. El abrazo es ahora el refugio de ambas, la niña le acaricia el rostro sanando su dolor. Corriendo hacia el sol la niña le extiende su mano. Estela deja la carta sobre la tumba.

Estela: Mamá... me vas a faltar tanto... Siempre quise un abrazo, una sonrisa, un recuerdo de amor que me inspirara... Tenía miedo de ser una pieza de confección con gallada, un vestido con el ruedo desecho, un botón perdido... Hoy tu esencia me deja un respiro y un camino, que jamás será fácil, pero que estoy dispuesta a recorrer... Si tengo que correr, correré, si tengo que llorar, lloraré y si tengo que equivocarme lo haré una y otra vez hasta lograrlo... La fuerza está en el impulso, no en el golpe... Voy a sonreír, voy a abrazar, voy a luchar, porque no es justo que tu luz se haya apagado para que la nuestra brille sin propósito. Olvidar no es una opción para mí, yo sí te quiero recordar, y te voy a recordar con amor, mamá.

Miriam y Abigail, entre las sombras: *(Agitando sus manos).* ¡Estela... adiós!

La Niña ríe, Estela la observa. La Niña, acompañada por el colibrí, corre hacia las dos hermanas y les toma sus manos. Se vuelve hacia Estela y le

extiende las manos junto con las de sus hermanas. El colibrí vuela alrededor de Estela, ella corre hacia la Niña, toman sus manos, sonríen y caminan todas juntas hacia el sol.

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
Revisión de texto: Nancy Vásquez

El Salvador 27 de marzo 2024